

El centenario de Hernández

Honorio Alberto Díaz ¹

El 21 de octubre de 1886 falleció José Hernández, autor del inmortal poema *Martín Fierro*. A un siglo de su deceso la vida y obra de este ineludible luchador del federalismo sigue siendo objeto de variados asedios, muchas veces ocultos tras el envoltorio del homenaje. Honorio A. Díaz analiza la mecánica puesta en marcha para mancillar la figura de este gran argentino.

Durante el reciente año hernandiano la Academia Argentina de Letras ha incorporado como miembro del número a Jorge Calvetti. Se trata de uno de los más explícitos detractores de José Hernández. Su ensayo, dedicado al poeta nacional, obra realizada con la colaboración de Roque Raúl Aragón, pertenece a una colección de carácter apologético —valga la paradoja— y fue dado a publicidad a comienzos de 1973 por la Editorial Universitaria de Buenos Aires.

En *Genio y figura de José Hernández* se plantea la existencia de una evidente incongruencia entre la estatura del poeta y del poema, entre la pequeñez del creador y la grandeza de la creación. “Hernández fue un pensador mediocre, un prosista descuidado, un orador sin relieve. Y el *Martín Fierro*, es uno de los grandes poemas de los tiempos modernos, el que mejor asume a representación de un pueblo... Esta desproporción entre el autor y su obra es un problema para los críticos”. ² Tras una empecinada acción tendiente a la degradación personal, no se puede comprender al artista ni valorar adecuadamente su creación. La falta de respuestas lógicas obliga a recurrir a explicaciones mágicas. En el ensayo del flamante académico se retorna a la vetusta tesis de Lugones sobre la existencia de una verdadera “creación inconsciente”, especie de prodigio literario que permite concebir

¹ abogado e historiador; escribió *Ley Sáenz Peña: pro y contra, Alem-Hernández: un debate capital* y *Jauretche desde Jauretche*

² Raúl Aragón y Jorge Calvetti: *Genio y figura de José Hernández*, p 157, EUDEBA, Bs. As. 1973.

una obra genial gestada por un ramplón. En estos casos especiales el singular producto artístico se engendra fortuitamente en un ámbito ajeno a los propósitos mezquinos del autor diminuto: “El *Martín Fierro* no pertenece a las categorías intelectuales de Hernández... Claro que hay deliberación en el poema. Pero sólo llega a aspectos secundarios... Lo que *Martín Fierro* significa es justamente lo que está más allá de la intuición de su autor. Y éste es el milagro de la creación inconsciente”.³ Desde un crudo irracionalismo queda proclamada la génesis espontánea del poema lejos de las cualidades de su creador.

Estos censores de Hernández no generan tesis novedosas. Simplemente se incorporan a una corriente destinada a desprestigiarlo que patrocina la propia Academia. Se trata de impedir el desarrollo de todo aquello que entrañe una cultura autónoma, que, en términos concretos, impida defender lo peor de Sarmiento y glorificar la totalidad de Mitre. Se ven privados de reconocer al poeta sin negar al político, no les conviene integrar la prosa hernandiana con su poesía, se encuentran constreñidos a referirse al poema sorteando su denuncia, terminan, en última instancia, descarnando la obra de su autor y de su época en una disección que escinde la forma del contenido, el texto del contexto y los propósitos de los resultados.

Las sombras e imprecisiones que impregnan el conocimiento de la vida de Hernández, se vuelcan intencionadamente sobre el poema y sus personajes. No se sabe con certeza cuándo comenzó a escribirlo ni si el gaucho protagónico vivió realmente. Las interpretaciones han venido engendrando las teorías más variadas y sorprendentes. Algunos pretendieron resolver el jeroglífico negándole méritos a la obra y excluyendo su presencia del círculo reducido de la literatura de cenáculo. Otros se avocaron a la tarea mistificadora.

A pesar de las elucubraciones académicas, *Martín Fierro* ha tenido vida propia. Alcanzó una rápida e inusitada aceptación entre la gente de la campaña que lo leía o escuchaba, lo memorizaba o cantaba. Los misterios eruditos no impidieron la interpretación amplia de su mensaje, la recepción abierta de la acusación profunda y el goce de su literalidad que ahonda los temas infaltables de toda obra clásica.

³ Rafael y Jorge Calvetti: *obra citada*, p. 163.

Un Hernández dividido

Ante la imposibilidad de negar de plano la larga lucha del bravo **federalote** que fue Hernández, comenzó a tomar cuerpo la tesis que sostiene la existencia de dos etapas en su trayectoria.

Se plantea un cambio profundo en su vida, un giro de ciento ochenta grados en su posición política, el comienzo de su decadencia literaria, la existencia de una “vuelta” integral. Las manifestaciones más significativas de esa transformación serían el apoyo dado a Avellaneda desde 1874, las características declinantes de la segunda parte del poema titulada *La vuelta de Martín Fierro* que publicara en 1879 y su postura en el debate de la cesión del municipio bonaerense a la Nación en 1880. Los temas se enlazan entre sí por la incorporación de Hernández al autonomismo y su ligazón con el gobierno de Roca que le había proporcionado un plácido alivio durante los últimos años.

La revolución mitrista del 24 de septiembre de 1874 es el antecedente armado más próximo y equivalente a la insurrección de 1880. Hernández escribía en esa época en el periódico montevideano *La Patria* y desde allí realizó una campaña en contra de Mitre. Suscribió originalmente los artículos con seudónimo de “Un patacón” y luego utilizó su propio nombre. La oposición a Mitre a nadie puede sorprenderle pues se conjuga con toda su trayectoria anterior. El apoyo brindado a Avellaneda se encontraba fundado en una evaluación de las situaciones provinciales, la ponderación de sus representaciones políticas en el colegio electoral y las posibilidades de impedir con una acción conjunta de los “trece ranchos” el control del gobierno central por el mitrismo. Una actuación mancomunada de los gobernadores podía significar a la larga, la anulación de la política portuaria. El interior, derrotado desde Pavón, comenzaba a contar con un medio distinto al de las armas para imponer su voluntad. Era una nueva posibilidad que se generaba en la coyuntura política interna y Hernández se jugó por ella.

En lo profundo de la tesis que presenta la “vuelta” de Hernández, opera la incompreensión de la apertura para el cambio que posibilitó la gestión de Avellaneda y el desconocimiento de la renovación que

significó la victoria inicial del roquismo. Además, el autor de *Martín Fierro* no estaba solo en la empresa. También acompañaron su postura los viejos camaradas de Paraná: Andrade, Guido Spano, Quesada y tantos otros. En todo caso el giro desdeñable lo habían dado todos ellos, lo cual resultaba menos verosímil aún.

La “vuelta” de Martín Fierro

Ezequiel Martínez Estrada fue el verdadero creador de la tesis, sobre la “vuelta” de Hernández. Arriba a esa conclusión a partir de las modificaciones que cree descubrir en la *Ida* (*El gaucho Martín Fierro*, de 1872) y la *Vuelta* (*La vuelta de Martín Fierro*, de 1879). Para él las diferencias entre la primera y la segunda parte del poema son notables: “Las quejas de su infortunio tienen en la Primera Parte un tono viril, desembocan en la acción, no en el renunciamento. Pero en la Segunda Parte esas quejas son las de hombre vencido. Su sensibilidad lo estremece, lo ablanda, y cuantas veces echa al pasado la vista es para caer postrado por el agobio de la situación actual. Los recuerdos se agudizan y la muerte de Cruz convierte a Martín Fierro en su propio espectro. No piensa ya en rebelarse, sino en entregarse. Vuelve a sus pagos a ver si puede vivir y lo dejan trabajar”.⁴ Una actitud sumisa, según Martínez Estrada, caracteriza al personaje central de la parte final del poema. La altivez aparece nada más que para demostrar el orgullo de su propia fama. La pasividad es total y la situación general se ha impuesto sobre él. En la *Ida* prefería vivir con los indios antes que consentir el régimen injusto, en la *Vuelta* pide un lugar dentro del sistema en forma claudicante.

Para Martínez Estrada en la segunda parte de *Martín Fierro* se ha abandonado el canto: “Este de la Vuelta no es un cantor, sino un narrador y por Narrador entendemos siempre al Autor. En la Primera Parte, Hernández era Martín Fierro, en la Segunda, Martín Fierro es Hernández”.⁵

Siguen en los dos tomos de la voluminosa *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* desfilando las desemejanzas y algunas conclu-

⁴ Ezequiel Martínez Estrada: *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, Tomo I. p. 171. Fondo de Cultura Económica de México, 1948.

⁵ Ezequiel Martínez Estrada: *obra citada*, p. 74.

siones por demás insólitas; Hernández tenía un gusto literario detestable, carecía de cultura, ignoraba reglas del idioma elementales, lo gauchesco en él era resultado de su complejo de inferioridad, abrazó el partido de los gauchos por reacción contra ellos y otras tantas de similar calibre.

En el esquema de Martínez Estrada los seres se desplazan como títeres movidos por fuerzas inciertas de carácter telúrico. Los rasgos se imponen a las personas en forma inmodificable e irreversible. Para explicar ese fatalismo recurre a la antropología o a la etnología mientras se despreocupa por la historia o la política; prefiere la guía esquivada de la fantasía literaria antes que los datos concretos de la cotidianidad. Al perder el marco sociológico del drama poético todos los interrogantes que surgen reciben las respuestas más sorprendentes y descabelladas. El ensayo de interpretación de la realidad argentina se convierte en una versión libre donde la ficción realiza la verdadera transfiguración. Vaga en la imaginación real sin desentrañar lo real de la imaginación. El pensador confundido queda absorbido por el literato que fue Martínez Estrada y su pretendida ciencia termina en una novelización fantasiosa.

5

Nadie pretende afirmar que el poema es igual en todos los tramos, pero, a pesar de las diferencias, la obra posee una unidad que impide hablar de dos cantos. Tanto la primera como la segunda parte son narraciones. La persecución genera pesar en el personaje y se da en una situación de verdadero desamparo. La pena es un sentimiento subjetivo, el caos en que se produce el abandono tiene naturaleza objetiva. No se trata de un drama personal sino de carácter social: no es el dolor de Martín Fierro sino el infortunio de los gauchos.

El poema encierra una denuncia sobre el estado en que se encontraban las capas pobres de la campaña. Este tono realista que entreteje la estructura narrativa se enlaza con los lineamientos ideológicos hernandianos en una concordancia feliz.

Si en la *Ida* Martín Fierro sufre despojos y persecución, en la *Vuelta* padece separaciones y muertes. No es Martín Fierro el que necesita escuela, iglesia y derechos, sino todo el gauchaje argentino. Esta exigencia de la última parte del poema es concordante con los mejores artículos del joven Hernández y del maduro periodista de los comienzos de la década del 70.

El diputado de la federalización

Dictada la ley nacional de federalización se le reclamó a la provincia la cesión de las tierras para erigir la capital. El Senado aprobó la entrega del distrito sin cuestionamientos pero, entre los diputados bonaerenses Alem promovió una tenaz oposición que mereció la implacable réplica de Hernández.

Se le ha endilgado a los autonomistas un cambio ideológico y el abandono de las tradicionales banderas. Las diferentes posturas defendidas en 1862 y 1880 son explicables a través de las relaciones de fuerzas existentes en cada coyuntura, de conformidad con los cambios en términos reales de poder político. “En 1862 puntualiza con justicia José María Rosa los nacionalistas (mitristas) pensaron nacionalizar Buenos Aires porque eran dueños de la nación y los autonomistas (alsinistas) defendieron su autonomía porque tenían la provincia. En 1880, los términos se invertían: los nacionalistas defienden la autonomía porque son dueños de Buenos Aires, los autonomistas quieren la nacionalización porque tienen el gobierno nacional”.⁶ No se puede reducir una cuestión compleja a los aspectos teóricos ni juzgar con una lupa ética las conductas políticas, como hacía Alem, omitiendo las circunstancias y las aspiraciones legítimas de gravitación. Hernández, ni los restantes diputados autonomistas que triunfaron en la votación legislativa bonaerense, llegaron a traicionar a su partido; simplemente defendieron sus intereses de la forma mas acorde que correspondía a la realidad y al país en gestación.

Otro aspecto que reaparece insistentemente en el discurso de Hernández es la búsqueda de una solución que proporcionara equilibrio al país. Era esa otra diferencia más con la propuesta mitrista de 1862. Aquella federalización abarcaba a toda la provincia de Buenos Aires y la de 1880 sólo comprendía al municipio porteño. Es decir, la provincia permanecía dentro del espectro político (con lo cual se conformaba a los autonomistas) y nacionalizaba a la ciudad (con lo cual se satisfacía al interior). La provincia rica pronto lograría rehabilitarse de la merma y el país pobre se aseguraba mejores recursos.

⁶ José María Rosa: *Historia Argentina*, Tomo VIII. p. 99. Editorial Oriente S.A. Bs. As. 1981.

Sin embargo, a pesar de la resolución, ese equilibrio no se logró: “Lo que resulta indiscutible —señala Jorge Abelardo Ramos— es que la federalización de la ciudad de Buenos Aires fue impuesta por todo el país. Pero se produjo en la época imperialista, cuando el capital europeo establecía férreos lazos de subordinación con la misma oligarquía bonaerense, que terminaría por doblegar a la República, aunque sin vencerla por entero. La federalización fortaleció al país como estado. El imperialismo influyó en la Argentina a pesar de ella y no por su causa”.⁷ Este fenómeno, resulta menester aclararlo, no fue planteado en sus vastos alcances por Hernández ni por Alem. Uno, impulsado por el optimismo, creyó que terminaban con la federalización las enfermedades del país, el otro, sumido en la decepción, pensaba que la medida sería la causa de todos los futuros padecimientos.

También se equivocaba Hernández cuando sostenía que la capital en Buenos Aires pondría fin a las diferencias entre porteños y provincianos. Al mantenerse la desigualdad de tantos órdenes diversos, continuaron los recelos y rencores.

De todos modos las discrepancias entre el interior y la metrópoli fueron mucho más graves antes de 1880, como lo destaca Luis Alberto Murray: “Los argumentos que suelen esgrimirse hoy día contra el llamado ‘centralismo’ político, financiero y cultural de Buenos Aires ciudad capital de los argentinos, después de todo, son ardiente alabanzas, aún en sus versiones de mayor encono comparados con los que merecía la dictadura de Buenos Aires provincia y puerto. Inclusive la deformación que la presión imperialista impuso al desarrollo nacional durante los gobiernos finiseculares, todo cambió tanto, tras la federalización de Buenos Aires, que ya resulta casi mitológico el régimen anterior. Hoy puede criticarse mucho al respecto; en otros tiempos Buenos Aires era maldecido —y con razón— no solamente por trece provincias argentinas, sino también por orientales y paraguayos”.⁸ Esta realidad histórica incontestable es omitida por los

⁷ Jorge Abelardo Ramos: *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Tomo I, 310, Editorial Plus Ultra, Bs. As. 1965.

⁸ Luis Alberto Murray: *Pro y contra de Alberdi*, p. 132. Editorial Sudestada, Bs. As. 1969.

divulgadores de la “profecía” de Alem que pretenden achacar a la elección del asiento de la capital nuestros mayores males.

El fortalecimiento del estado en un país dependiente no es una medida despreciable como lo entendía Alem ni tampoco una causa de tiranías inevitables. Acertaba Roca, en cambio, cuando anunciaba categóricamente, al asumir la presidencia, que nunca más una provincia se levantaría contra el poder nacional. Durante su mandato no hubo insurrecciones. Desde entonces no se repitió la secesión de 1852 ni la rebelión de 1880 que dejó un saldo de tres mil muertos. Como pretendía Avellaneda, el todo se impuso a las partes: desapareció definitivamente el peligro de concreción del añejo proyecto británico tendiente a crear otro “Uruguay” en las márgenes occidentales del Río de la Plata.

La integridad de Hernández

Resumiendo, se impone una conclusión que, aparentemente obvia en su formación literal, entraña una toma de posición definida; José Hernández fue uno solo. En su vida andariega de múltiples y variados quehaceres, se destacaron su condición de militar, periodista, poeta y político.

Sin embargo una de ellas tiene un carácter dominante sobre las restantes: como político tomó las armas, la prensa fue el medio elegido para la divulgación de sus ideas y su poesía constituyó otra forma de combate. En el soldado de Cepeda, el biógrafo de Peñaloza o el poeta de *Martín Fierro* se expresa el mismo hombre. La primaria y simpática identificación del autor con el personaje central del poema, hizo que Hernández fuera conocido con el sobrenombre de Martín Fierro.

Originada en la popularidad de la obra, significaba un motivo de orgullo para el escritor. Siguiendo la misma línea metafórica, se elaboró después en el derrotero de Hernández una “ida” y una “vuelta”, igual que en el itinerario de su gaucho. Pero, en este caso, la elucubración académica entraña una afrenta: la “ida” implica rebeldía y la “vuelta” claudicación, acusación en el primer trayecto y complicidad en el retorno, inadaptabilidad antes y acomodamiento después.

La exégesis de un poema de denuncia deriva en una denuncia del poema. Pero el Hernández que apoyó a Avellaneda, el que escribió *La vuelta de Martín Fierro*, y votó por la federalización de Buenos Aires, fue consecuente con su brega anterior. Hay un solo Hernández: el de la “ida”, de frente y sin reveses, el que no se dio “vuelta”.

La trayectoria hernandiana es de sentido direccional único. Se refleja en todo el accionar y en la globalidad de la producción. A pesar de ello, cuando Lugones destacó el *Martín Fierro* como poema épico nacional, lo hizo relegando la restante obra poética y, sobre todo, la labor prosística. Más tarde Martínez Estrada continuó la amputación reduciendo los valores del poema a la primera mitad. Finalmente, la crítica especulativa siguiendo a Borges pretendió hacer del *Martín Fierro* simplemente una obra de ficción y con la vida de Hernández la ficción de su obra.

Después de atravesar semejante andanada de asedios, el poema mantiene plena lozanía más cerca del candor popular que de la disquisición erudita. No sólo eso, su latente existencia social sigue operando. Por un lado revierte la paternidad: cada una de sus estrofas remite al periodista y al político, cada uno de sus versos recrea al hombre que fue Hernández: de carne y hueso. Por el otro lado, identifica al argentino real: señala la marginalidad de los descendientes de Martín Fierro en un país dependiente: desnuda el problema capital.

9